



CAPITULO X

EL ROMANTICISMO EN LA POESÍA LÍRICA (CONTINUACIÓN)

Donoso Cortés, Corradi, Pacheco, Escosura, E. Gil, los hermanos Bermúdez de Castro, Sazatornill, Romea, Asquerino, Larrañaga, Salas y Quiroga, Pastor Díaz, Madrazo, Valladares (Ramón y Luis), Cueto, Santos Alvarez, Ros de Olano, Güell y Renté, García de Quevedo, Piferrer, Arolas, Carbó, Ribot, Boix, Aguiló, etc.—Gertrudis G. de Avellaneda, Carolina Coronado, Josefa Massanés, etc.

FUÉ tan grande y tan fecundo el florecimiento de la poesía lírica apenas apareció entre nosotros el romanticismo ¹, que puede excitar la curiosidad de un erudito el catálogo solamente de sus cultivadores, más ó menos gloriosos hoy, pero muy leídos en aquellos días. No dice bien en una historia como la

¹ Deben consultarse para juzgar á los poetas que no coleccionaron sus versos los periódicos literarios de aquella época, como *El Artista*, *El Piloto*, *El Iris*, *El Pensamiento*, *El Sol*, *El Correo Nacional*, *El Semanario Pintoresco* y *La Revista de Madrid*. De ellos entresacó D. Eugenio de Ochoa sus *Apuntes para una Biblioteca de escritores españoles contemporáneos, en prosa y verso* (París, 1840), antología aprovechable aunque indigesta y farragosa. El mismo Ochoa, amén de sus trabajos como crítico y vulgarizador infatigable de la literatura castellana, se acreditó por esta época de poeta lírico de n.uy buen gusto y singular corrección; cualidades que se unen al desembarazado manejo de la rima, así en composiciones de carácter íntimo como en algunas leyendas.

presente, ni la narración escueta y bibliográfica, ni el estudio prolijo, que desentonaría en el conjunto, y que puede, en cambio, llenar una monografía aparte, no escrita aún, ni siquiera intentada, por ninguno de nuestros críticos.

Comencemos entretanto por un poeta, que no lo fué sino á ratos y en los días de su juventud, aun cuando no le faltaron dotes para rivalizar con los más eminentes; porque ¿quién, al leer los floridos y exuberantes discursos de Donoso Cortés, su maravilloso *Ensayo* y sus fragmentos poéticos, no divisa las huellas de un numen prematuramente agostado? Su *Elegía* á la muerte de la Duquesa de Frías, impresa con las de Quintana, Lista y Martínez de la Rosa, figura dignamente á su lado, y basta para compensarnos del extravío que hubieron de sufrir otros versos de Donoso, conocidos ahora por sólo el título ó totalmente olvidados. Suerte que queda en pie su ensayo épico sobre *El cerco de Zamora* ¹, presentado en el certamen abierto por la Academia de la Lengua, y retirado por él mismo antes de la censura y la adjudicación de premios. Tal y como lo poseemos, mutilado y sin corregir, ¡qué tesoros de poesía descriptiva no hay en él, qué lujo de imágenes y armonías, profusión de riquezas orientales, engarzadas en finísimos hilos de oro! No se busque allí la pureza exquisita de los perfiles, ni la disposición ordenada y retórica; porque Donoso, alma meridional y de fuego, no pudo encerrar el desbordado torrente de su inspiración en el estrecho cauce de las reglas, y tiene un elemento propio donde vive y se explaya, como Lucano y como Góngora, con quienes guarda afinidad en la sangre y en la opulencia recargada, madre de la exageración.

¹ Puede verse entre sus *Obras* (Madrid, 1855, tomo V), edición de Gabino Tejado, quien lo incluyó solo, hasta sin el acompañamiento de la *Elegía*.

En el mismo concurso presentó otro poema D. Fernando Corradi, autor de *Torrijos ó las víctimas de Málaga*. Más conocido como periodista y orador parlamentario, y aun como crítico apreciable, según lo dan á entender sus discursos en la sección literaria del Ateneo, abandonó las musas á los pocos años para enfrascarse en las luchas de la política palpitante.

Achaque es éste tan común en los ingenios de entonces como en los de ahora, y sirva de observación previa aplicable á casi todos. Comparado, por ejemplo, el nombre de jurisconsulto y político que goza D. Joaquín F. Pacheco con el de poeta, resultará éste inferiorísimo, y sin embargo, ¿cómo creer que brotaran casualmente los melifluos cuartetos de su *Meditación*¹, que parecen caídos de la pluma de Zorrilla? ¿Cómo no seguir al poeta desde que le oímos exclamar:

Venid ¡ay! sobre el aura vagorosa
Recuerdos de la patria idolatrada,
Blandos como el aliento de la rosa,
Bellos como la sombra de mi amada?

¿Cómo no embriagarse con el perfume de azahar que exhalan aquellas regaladísimas estrofas, iluminadas por la luz de los primeros amores y caldeadas por el sol de Andalucía? Nunca, á la verdad, llegó Pacheco á igualarse á sí propio, ni siquiera en la oda *A la amnistía*, y ha de tenerse esta *Meditación* como un destello feliz de los que aparecen una vez sola para ocultarse eternamente; pero, en general, no escaló sin éxito las cumbres del Parnaso, ni para ello tuvo necesidad de violentar á la naturaleza.

Si en la azarosa vida de D. Patricio de la Escosura (1807-1878) entra por mucho el cultivo de las letras, como lírico rayó á bien poca altura, y aun esto en sus primeros años, porque los veinte ó treinta anteriores

¹ Los versos de D. Joaquín F. Pacheco están reunidos en su obra *Literatura, historia y política* (Madrid, 1864).

á su muerte fueron casi totalmente infecundos. Era él hombre de extrañísimo gusto, mitad clásico, mitad romántico, imitador á un tiempo de Lista, de Quintana y de Espronceda, más frío que éste y más desmandado que aquéllos, de donde le resultó un producto híbrido é insubstancial. En 1835 escribe su caliginosa leyenda semirromántica *El bulto vestido de negro capuz*¹, cuya acción se enlaza con el levantamiento y trágico fin de las Comunidades de Castilla, y que tiene el privilegio de figurar entre los más antiguos monumentos de nuestra literatura legendaria, antes que *El estudiante de Salamanca*, los *Cantos del trovador* y las narraciones caballerescas de Arolas. Parece que Escosura pensó en escribir un poema sobre Hernán Cortés; pero sólo existe de él algún fragmento, lo mismo que del consagrado á la muerte de Quintana.

Poeta y poeta de verdad, émulo de los que figuraron en primera línea cuando se introdujo entre nosotros la nueva escuela, es el malogrado Enrique Gil y Carrasco², cuya fama, un tanto oscurecida acaso por su temprana muerte, renace ahora gracias á la publicación de sus obras en prosa y verso. Tenía Enrique Gil la verbosidad magnífica y fascinadora de los románticos, y al leerle se deja uno arrastrar de aquellos sonidos, dulces como el arrullo de las aves, y acompasados como el golpe de los remos sobre el agua. Las ideas se convierten en imágenes; y aunque el bordado

¹ Publicada en *El Artista*, la incluyó Ochoa en los mencionados *Apuntes* (tomo I, pág. 500).

² Nació en Ponferrada (León) el año 1815. Comenzó sus estudios en el monasterio de Espinareda, y los continuó en el Seminario de Astorga y en las Universidades de Valladolid y Madrid. La amistad de Espronceda y la lectura pública de su hermosa composición en verso *La gota de rocío* (1837) le dieron á conocer en los círculos literarios de la corte, abriéndole las Redacciones de varios periódicos. Nombrado secretario de la embajada española en Berlín, falleció en esta capital el día 22 de Febrero de 1846.—Las *Poesías* de Enrique Gil, perdidas entre el farrago de varias publicaciones, fueron coleccionadas en 1873 por el Sr. D. Gumersindo Laverde (*Madrid.—Medina y Navarro, editores*).

es variadísimo y de rica labor, deslumbra su brillantez y confunde su profusión, convirtiéndose en fin principal lo que debiera ser medio solamente. Su inspiración es subjetiva; y si se derrama por otros objetos exteriores, no pierde la conciencia de sí propia y deja grabado ese sello por donde quiera que pasa, aun en los cantos á la libertad de las naciones y á las victorias de la guerra. No había nacido para este siglo audaz y batallador su espíritu, que sólo gozaba con la suavidad melancólica de los recuerdos, y del que transpira la queja blanda y reposada como el aroma por las paredes del cristal. Este cantor simpático de la tristeza, este nuevo Alfredo de Vigny, se agita tras ideales imposibles, y no halla en la realidad de la vida sino decepción, lágrimas y amargura. Sueña con la neblina que envuelve los restos de despedazado castillo, con la soledad de las catedrales góticas, con los cuentos de hadas, con la endecha que exhala el cautivo en su prisión, y entre las mismas flores no cantó á la rosa encendida, sino á la humilde y retirada violeta. ¿Quién sabe si en otras circunstancias y con otra educación hubiera entrado en las profundidades de la mística, convirtiendo sus aspiraciones indeterminadas á la paz en el vuelo arrebatado de Fr. Luis de León y Santa Teresa? Ni-miedad sería hacer alto en ciertas incorrecciones, rasgos de hinchazón y otras menudencias por el estilo, junto con las cuales se encuentra un cierto velo de obscuridad en la concepción y en la frase; y esto sí que es reprehensible, aun cuando en Enrique Gil emanara directamente de sus aficiones y lecturas:

Brillaban cuando él, y con muy desigual esplendor, los dos hermanos D. José y D. Salvador Bermúdez de Castro. El D. José era partidario del romanticismo nebuloso y desgreñado, complaciéndose en pintar las más atroces y repugnantes escenas, tales como la danza de los muertos bajo la losa de su sepultura (*El día de difuntos*), y la despiadada crueldad

del poderoso con el mísero errante que llama á su puerta (*El peregrino*)¹. Esta última narración tiene algo de leyenda y algo de balada; ni es difícil hallar en las de los países septentrionales otras de asunto análogo, y quizá más fríamente repulsivo. El otro hermano, D. Salvador, después célebre Duque de Ripalda, figura entre los redactores de la antigua *Revista de Madrid*, y en ella y en otros periódicos se dió á conocer por sus hermosas composiciones, coleccionadas más tarde en un volumen, de que ya pocos tienen noticia². No todas están sujetas á una pauta; y en sus variaciones, desde la canción amatoria hasta el rasgo semiépico y la poesía transcendental, recuerdan, ya á Víctor Hugo, ya á Herrera y á Meléndez, aparte de lo exclusivamente original, donde se ve despuntar un género hoy en boga. Erótica es, aunque con cierto erotismo melancólico, la intitulada *Deleites*, recuerdo de la juventud, empapado en las auras del Guadalquivir, al que apostrofa de este modo el poeta:

¡Guadalquivir!... junto á tu verde orilla,
De tus valles floridos en la calma,
Las dulces ilusiones de mi alma
Nacer á un tiempo y marchitarse vi.
La tierra era un Edén cuando en los aires
Transparentes y azules sacudía
El cielo de cristal de Andalucía
Sus nubes de topacio sobre mí.

Pero el recuerdo le inspira un adiós triste á lo pasado, y sin esperanza de volverlo á gozar dice á la virgen engendradora de aquellos sueños:

Sólo la tumba me unirá contigo.

La octava italiana, desusada entre nosotros hasta

¹ V. Ochoa, *Apuntes para una Biblioteca de escritores españoles*, etc., t. I, pág. 104.

² *Ensayos poéticos de D. Salvador Bermúdez de Castro* (Madrid, 1841).

el siglo actual, produce en *Deleites* un efecto mágico, subido de punto por el autor en otras ocasiones, y sobre todo por Tassara, que tanto partido supo sacar de ella en sus calurosos y entonados himnos. *La fragata*, *Al firmamento*, *Dios*, *A un amigo en la muerte de su esposa*, están rimadas con la misma delicadeza; y esta última, escrita en 1835, luce ya aquella variedad de metros, gala y encanto del romanticismo.

Pero en Bermúdez de Castro resuena una musa, nueva por entonces, y aun algo sorprende que en el Prólogo á sus *Ensayos poéticos*, y en algunas páginas de los mismos, esté planteado el problema de la duda con la misma claridad que en Núñez de Arce y sus imitadores. «La duda, son sus palabras textuales, es el tormento de la humanidad; y ¿quién puede decir que su cabeza no ha vacilado? Sólo en las cabezas de los idiotas y en las almas de los ángeles no hallan cabida las pesadas cadenas de la duda.» Hácese intérprete del más amargo pesimismo, no con la vaguedad de tonos que Enrique Gil, sino en forma precisa, razonadora y sistemática. Más aún: al meditar en su final destino no habla de los consuelos que le inspira la esperanza cristiana, ni de la vida futura, y niega en redondo la inmortalidad del hombre, como no hayamos de tener por retórica pura ciertas alusiones, y no parecen indicar eso otras abiertamente irreligiosas, como la pregunta entre blasfema é irónica á un crucifijo, que sobrepuja á las audacias de Núñez de Arce y preludia las del mismo Bartrina. Resta consignar que Bermúdez de Castro es cien veces más elevado en la descripción de la naturaleza que en los desahogos de filósofo; y si en la pérdida de los últimos nada habría digno de sentirse, el arte, en cambio, y la justicia piden que algunas composiciones suyas se conserven entre las buenas que ha producido la lírica castellana del siglo XIX.

Don Juan Antonio Sazatornil, de quien conservamos

viriles y armoniosos versos, extremó sus mismas aptitudes hasta parar en la hinchazón afectada, término final del entusiasmo sin freno y de la aspiración constante á lo sublime cuando para ello se simula una fuerza que no se posee. ¿Cómo sufrir que diga á la luna

Hambrienta diosa que de carne humana
Te sacias en el bárbaro festín,

ni otras incongruencias de igual jaez, que bastan á deslucir el más hermoso conjunto? Algo de esto mismo hay en las apóstrofes de *El esclavo griego á sus compañeros de infortunio*¹, que parecen calcadas sobre la *Despedida del patriota griego*, de Espronceda, y de cuyo espíritu pueden dar idea estas palabras elegidas al acaso:

Del tronco vil la sangre aborrecida,
Nuestro sello de infamia lavará.

Mucho menos desmandado es Julián Romea, el celeberrimo actor, que no sólo supo declamar los versos, sino producirlos también, aunque, contra lo que parecía presumible, sus afecciones se dirigieran á la poesía lírica con preferencia á la dramática². Escribió en pleno romanticismo, preservándose de exageraciones y caídas, gracias al espíritu de selección que le hizo aprovechar lo más estimable de aquella escuela y combinarlo con la tradición clásica bien entendida. De aquí nacieron sus rasgos líricos, que saben tanto á Fr. Luis de León y á Quintana como á Zorrilla, y sobre todo sus romances, llenos de colorido, no como los del Duque de Rivas, sino como los de Meléndez. Romea prefirió siempre al desbordado trajín de la fantasía y al atractivo de la historia, el retrato fiel de la naturaleza y las afectuosas intimidades subjetivas, sin

¹ Véanse las composiciones citadas en *El Semanario Pintoresco* (años de 1838 y 1839).

² *Poesías de D. Julián Romea*. Madrid, 1846.

desatender la musa heroica de los combates ni los misterios de la religión.

En otra parte hablaré del desgarrado y tribunicio poeta Eusebio Asquerino ¹, que también se dedicó á la lírica con las mismas intenciones y no tanto provecho como á la dramática. Si bien no fué insensible á las voces del alma y á los encantos del mundo exterior, su elemento de vida estaba en los desahogos de patriota y en el arte declamatorio. No goza con la meditación íntima y reposada, como con la invectiva ardiente y el tumultuoso y enérgico decir, propio para calentar cabezas y conmover á la multitud. Unos versos suyos dados á la luz en un periódico republicano durante la regencia de Espartero bastaron para envolverle en un proceso, del que á duras penas le liberaron sus amigos políticos, su propia habilidad y la inconsistencia del poder atacado.

Más reputación gozó D. Gregorio Romero Larrañaga ², el fecundo cantor de *El sayón*, *El de la cruz colorada*, *Amar con poca fortuna*, y otro sinnúmero de composiciones, ya líricas, ya legendarias. Distínguense las primeras por su lánguida ternura, bebida en los románticos franceses y en Garcilaso, de quien era aficionado y admirador. Las quejas amorosas y sentidas se deslizan de sus versos como una corriente mansa, sin convertirse en el dolor violento de Byron y Leopardi; pero en Romero Larrañaga no todo es inocencia bucólica y sencillez de paraíso, y con el oro de la superficie va junta mucha liga de amor irreflexivo y sensual, con más la afectación de un sentimentalismo enervado y femenino, que, si atrae por un instante, concluye al cabo por ser repugnante y empalagoso. La *Canción del pescador*, *Sus ojos*, *Alcalá de Henares* y

¹ *Ensayos poéticos*. Madrid, 1889.—*Poesías*. Madrid, 1872.

² *Poesías*. Madrid, 1841.—*Cuentos históricos, leyendas antiguas y tradiciones populares de España*. Madrid, 1841.—*Amar con poca fortuna, novela fantástica, en verso*. Madrid, 1844.

otras primicias aún menos sazonadas de su estro quejumbroso, nos presentan á Larragaña irresoluto antes de elegir una senda entre las muchas que le ofrecía el vasto panorama del romanticismo imperante. Decidiéndose al fin por la leyenda, sin abdicar de su primitivo amaneramiento bucólico, creó una corte de damas y caballeros ideales, incolora galería de abstracciones personificadas, que sólo se distinguen por los nombres y apellidos, sirviendo igualmente al poeta para cantar la apoteosis de *la inocencia* y *la virtud*, según la nomenclatura de esta moral laxísima, que es la de Gautier, Mad. Dudevant y otros santos padres de igual peso. ¡Cuántas cabezas femeninas habrá encendido aquella monja de *Amar con poca fortuna*, aquella sensible Heloísa que ve á su Rugiero transformado en rui-señor! No se crea, sin embargo, que faltan el puñal y la sangre en tales *Cuentos* y *Tradiciones*, pues también trató Larrañaga de describir el fratricidio de D. Enrique el Bastardo y la muerte trágica de D. Sancho el de Peñalén.

Si basta una obra buena para redimir grandes pecados, sería injusto no hacer mérito de su oriental *El de la cruz colorada*, en que las consabidas quejas de una mora prendada de un cautivo cristiano se reproducen con desusada novedad y verdadera emoción dramática:

Díme tú, el rey de los moros,
 El de los bellos jardines,
 El de los ricos tesoros,
 El de los cien paladines,
 El de las torres caladas
 Con sus agujas labradas,
 El de alcatifas morunas,
 El rey de las medias lunas,
 De los reyes soberano,
 El de la Alhambra dorada,
 El de la hermosa Granada,
 ¿En dónde está mi cristiano,
 El de la cruz colorada?

.....

Yo soy la flor de Sevilla,
 Y en Jerez, donde nació,
 Me llaman su maravilla,
 Y aquí, en Granada, la hurí.
 No puedo darte, rey moro,
 El alma, que es del que adoro;
 Mas si en lo hermosa soy perla,
 Tú, Sultán, debes tenerla,
 Cual joya á tu fausto vano,
 En tus serrallos colgada.
 ¡Ay! salve yo á mi cristiano,
El de la cruz colorada.

Atento el Sultán la oyó,
 Y la dice con mesura:
 —En el cerco de Antequera
 Prendí ese cristiano yo;
 Era su Alcaide, y él era
 El que más moros mató.
 En tanto que fuese vivo,
 Juré tenerle cautivo;
 Mas tu amor templó mi saña;
 Que en mujer es cosa extraña
 Guarde fe quien ama en vano,
 Y diera yo mi Granada
 Por verte de mí prendada
 Como lo estás del cristiano,
El de la cruz colorada.

Hermosa, enjuga tu lloro;
 Lluvia es que empaña tu sien;
 Sensible soy aunque moro,
 Y espléndido soy también.
 No quiero, por ser piadoso,
 Me ofrezcas don tan precioso:
 Peleo yo con mi alfanje;
 Mas consentir este canje
 Fuera un tráfico villano.

«Abran la puerta ferrada,
 »Y á esa mujer desolada
 »Entréguenla su cristiano,
 »*El de la cruz colorada.*»

.....

Entre los abusos á que dió margen el romanticismo, debe contarse la nebulosa obscuridad, hija de la

afectación y del vano prurito que acosaba entonces á los buenos y á los malos poetas de aparentar profundos, velando sus pensamientos con el manto de misteriosas tinieblas y haciéndose ininteligibles al profano vulgo. Pero á todos dejó tamañitos un D. Jacinto Salas y Quiroga, traductor adocenado y poeta de gusto tan perverso que parece haber reunido los sueños de *Las soledades*, despojándoles de su ingeniosidad, para vaciarlos en el troquel de un lenguaje semibárbaro con pujos de filosófico y transcendental. Léanse su oda, ó cosa así, *A un célebre escritor contemporáneo*, y esta sublime estrofa sobre el arte de *Navegar*:

¡Bien haya el primer mortal
 Que en las olas transparentes
 Con láminas de cristal
 Vió la cinta de agua y sal
 Que une á pueblos diferentes!

Léase esto, y dígaseme si tiene algo que envidiar al desaforado conceptismo del siglo XVII.

No sucede así con el tenebroso, pero encendido y espléndido Pastor Díaz (1811-1863)¹, alma nacida para el arte más que para la prosaica realidad de la vida y los agios de partido. Su sensibilidad exquisita y como eléctrica le dominaba con una fuerza omnipotente, y lo que sentía con tanta vehemencia lo expresaba con otra igual ó mayor, perdiéndose á veces en exageraciones declamatorias de muy mal efecto. Nacido, por otra parte, en un país septentrional, y de suyo inclinado á la melancolía, se dió á cantarla tan sin reserva que, de crearle bajo su palabra, habríamos de considerarle como el ser más infeliz del mundo, perseguido por la mano implacable de la suerte é imposibilitado de gozar un solo momento de tranquilidad. Ese enemigo se

¹ Las *Poesías*, cuya primera edición data de 1840, ocupan el tomo II de sus *Obras* (Madrid, 1866), y llevan al frente un juicio muy benévolo de Hartzenbusch, no tanto como el que les consagró D. Pedro José Pidal en la *Revista de Madrid*.

le presenta bajo mil formas, á cual más frías y desaparecibles, y ya es la sombra que espía todos sus pasos, ya la visión de ojos hundidos y fosforescentes que se reclina sobre su almohada para impedirle el sueño, ya la mariposa negra que zumba en derredor suyo como un genio malo, y que ni aun quiere arrebatárle la vida para hacer más largo su tormento.

No es extraño que, como un arranque de pasión, nos diga al meditar en su amada: *¡y hasta en la dicha creó!*, frase antitética y que tan mal parece en un joven de veinte abriles, cuando se ama al mundo como á un paraíso y en todo se piensa menos en el dolor; ni son extrañas tampoco sus apóstrofes *Al Eresma*, en que hay mucho de ponderación retórica y del gusto, tan común en aquellas calendas, por todo lo aterrador y espeluznante. ¿Y qué otra cosa es su epístola sobre la inmortalidad del alma sino una peroración como la de aquellos sofistas que defendían el *pro* y el *contra* en todas las opiniones, un como panegírico de escuela, donde para nada se tiene en cuenta lo que se ha de decir? El autor nos advierte que sólo duda de esa inmortalidad como filósofo sin menoscabo de sus creencias religiosas, salvedad bastante para convencernos de cuán sinceras serían sus palabras en otras ocasiones. Pero aunque sus quejas y sus negaciones no hieran el ánimo con la fuerza irresistible de la verdad, centellean en el fondo rasgos delicadísimos:

Y al abarcar al fin de una mirada
Mi fúnebre existencia,
Diré: Felicidad, ó no eres nada
O fuiste la inocencia.

Pastor Díaz no tuvo otro enemigo mayor que su carácter, de cuyas malas tendencias se dejó arrastrar, malgastando el tesoro de su imaginación y de su sensibilidad; escribió, en suma, para su época, con aptitudes para haber hecho obra perenne y estable.

Entre los fundadores de *El Artista*, y conocido por

su afición simultánea á las bellas artes y á las musas, figuraba D. Pedro Madrazo, el compañero inseparable de Zorrilla, y que, pasados los ardores juveniles, abandonó con muy sabia resolución un empeño para el que no había nacido, entregándose sin reserva á estudios más serios y más conformes con su manera de ser. De hecho, manejaba con dificultad no escasa el lenguaje de la poesía; y así resultan empequeñecidos y oscuros los pensamientos al entrar en ese lecho de Procasto, ásperas é inharmónicas las rimas, y el conjunto frío y desgarbado. Tampoco valen mucho sus composiciones de fecha más reciente.

Abandonando tal cual vez la ruda faena de escribir al día para los teatros de Madrid, insertaron en los periódicos de la época algunas poesías de circunstancias dos medianos ingenios del mismo apellido, Ramón y Luis Valladares. A este último pertenece una oda *A Sevilla*¹, escrita después del bombardeo de la ciudad por el Regente de España D. Baldomero Espartero; oda de libre y majestuoso vuelo, como las de Quintana, llena de pasión y vehemencia, y honrada con el primer premio en público certamen.

Obtuvo *accésit* el hoy académico insigne D. Leopoldo Augusto de Cueto, que imitó también á Quintana, como más tarde á los románticos. Por razones especiales de su vida diplomática ha podido conocer los climas del Norte de Europa, con sus romancescas tradiciones y sus mitologías, que aprovechó con gran destreza en *La Rusalka*, imitación de Pouskine, exornada con bellísimos episodios y versos dignos de Zorrilla². Pero el Sr. Cueto conoce mejor la propia que las ajenas literaturas, y combinando la erudición con el buen gusto, lo mismo sigue las caprichosas revueltas del

¹ Véase en *El Laberinto*, tomo 1, núm. 1, pág. 7.

² *La Rusalka* se publicó en el *Almanaque de la Ilustración Española y Americana* correspondiente al año 1878.